































1492? Es muy probable que sí; don Diego, al menos, quedó confiado a la tutela de un palermo; y en 1502 don Hernando acompañó a Colón en aquel viaje interminable.

Hay, por fin, un último punto de coincidencia en las vidas de los dos navegantes. Tras la apertura del océano Pacífico, Magallanes, al llegar a Cebú, sufrió una verdadera metamorfosis en su carácter. Ante nuestra sorpresa, el adusto capitán pasó a convertirse en un ardiente misionero, de suerte que, en vez de poner rumbo a la Especiería, como hubiera sido su obligación, se dedicó a predicar el evangelio a los indígenas y, animado por la conversión masiva de los isleños y llevado por su ferviente ardor proselitista, llegó a obrar, incluso, un milagro, curando de su enfermedad al hermano del “príncipe Fernando”. Esta exaltación religiosa lo condujo, finalmente, al desastre de Mactán, donde él, el capitán que se consideraba un hombre providencial, afrontó una muerte casi en solitario.

Pues bien, la apertura del océano Atlántico llevó también a Cristóbal Colón a considerarse un elegido del Señor: en su codicilo se leen frases como “Dios me dio milagrosamente” la isla Española, y “yo, por la voluntad de Dios, Nuestro Señor, se las di [las Indias]” a los Reyes Católicos. Esta deriva religiosa y sus arrebatos extáticos le hicieron forjarse, entre la Biblia y sus lecturas eruditas, un complejo entramado entre doctrinal y visionario, gracias al cual creyó no solo haber hallado la Ofir salomónica, sino también estar asistiendo, gracias a su propia obra, al cumplimiento de las profecías de Isaías.

Si Magallanes rindió su vida por estar ensoberbecido de éxito, también su armada pagó un altísimo precio por el triunfo final. De las cinco naos que largaron velas de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519, con una tripulación de más de 260 marineros, solo la *Victoria*, con dieciocho hombres a bordo, rindió viaje en el mismo puerto el 6 de septiembre de 1522. Colón tuvo más suerte, pero su cuarto viaje, asimismo desastroso, arrojó un saldo muy elevado de muertos, además de la pérdida de todas sus naves.

Habiendo llegado al final de nuestro estudio, pienso que, efectivamente, la comparación entre las vicisitudes de Magallanes y las peripecias de Colón nos ha ayudado a entender mejor la trayectoria vital de estos dos grandes navegantes, que, abandonando su patria, quisieron ser españoles y morir como tales. Y me temo que, en el caso del primero, los españoles no hayamos valorado suficientemente su sacrificio.